

Pablo Guadarrama
González

*Pensamiento
independentista y
justicia social*

E

l proceso de lucha por su independencia de las colonias americanas en general, es decir, en ambos hemisferios y en la región de El Caribe debe ser apreciado en su real magnitud como un capítulo de la construcción de la modernidad, independientemente del hecho de que la mayoría de los países liberados de sus respectivos yugos coloniales participasen en ese festín solo recogiendo migajas en el patio, como sugiriese Octavio Paz. Aunque es evidente que Estados Unidos de América y Canadá lograron de algún modo involucrarse de una manera más efectiva y beneficiosa al proceso promotor de dicha festividad.

Aun cuando la modernidad en América Latina, más que pospuesta o retardada, resultó, a nuestro juicio, malograda,¹ no cabe la menor duda de que aun así, junto al logro de la independencia en la mayoría de los países del área se alcanzaron logros significativos en el proceso de humanización del hombre latinoamericano, por cuanto el tema del logro de su dignificación no fue simplemente una cuestión de eruditos intelectuales y se convirtió en uno de los elementos vitales de las luchas independentistas y de los cambios revolucionarios que se fueron planteando distintos sujetos sociales que coadyuvaron a la realización de la vida republicana.

¹ P. Guadarrama: "La malograda modernidad latinoamericana", *Exégesis*. Puerto Rico, 7(20): 13-18. Reproducido en Guadarrama, P.: *América Latina, marxismo y postmodernidad*, Universidad INCCA de Colombia, Bogotá, 1994 y Guadarrama, P.: *Humanismo, marxismo y postmodernidad*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

La sociedad capitalista en sus etapas de afianzamiento y expansión en el orbe necesitaba de múltiples ingredientes, no solo económicos, financieros y tecnológicos, sino de una serie de móviles ideológicos y culturales que por un lado favorecieran la consolidación de una mentalidad de ciudadanos libres y por otro posibilitara en el plano de la sociedad política y la sociedad civil el logro de niveles superiores de justicia social que superaran las imprescindibles demandas de autonomía o independencia.

Lo mismo, en cierto modo, había sucedido en los llamados países centrales europeos en los que el completamiento de la modernidad había inducido a agudizar muchos conflictos sociales, y a delimitar las cuatro posturas ideológicas básicas que se derivarían de las distintas actitudes ante sus logros (conservadurismo, liberalismo, socialismo y anarquismo). Algunas de esas posturas se expresarían de modo *sui generis* en Latinoamérica antes, durante y después de las luchas independentistas; lo cual constituía un indicador de que los problemas a resolver en esta parte del mundo cargaban con el lastre de más de tres siglos no solo de injusticia social, sino hasta de aniquilamiento físico de los pueblos originarios de estas tierras.

De tal manera que la lucha por la independencia no podía, en modo alguno, limitarse a un simple cambio en los protagonismos de las elites políticas de dirección y de esto se percataron la mayor parte de los que impulsaron dicho proyecto. Si bien algunos de los participantes en el mismo se vieron limitados en sus pretensiones emancipatorias, reduciendo la cuestión de la toma del poder político a un problema de ofrecer nuevas oportunidades a las oligarquías criollas sin tomar en plena consideración que las mayorías de los sectores populares, en primer lugar lógicamente los esclavos, cogestores decisivos en aquellas guerras independentistas estaban imbuidos por el anhelo de alcanzar no solo la independencia de la metrópoli colonial, sino una sociedad más dignificadora de sus respectivas condiciones de vida.

Los *paradogmas* (falacias) de libertad, igualdad y fraternidad se pondrían en la probeta de ensayos para intentar demostrar su eficacia y validez una vez lograda la independencia.

Ya en el pensamiento del precursor de la independencia latinoamericana Francisco de Miranda se aprecia la intención de que la victoria conduzca a restaurar las condiciones dignas de

vida de los pueblos originarios de estas tierras cuando señalaba: "Ciudadanos, es preciso derribar esta monstruosa tiranía: es preciso que los verdaderos acreedores entren en sus derechos usurpados: es preciso que las riendas de la autoridad pública vuelvan a las manos de los habitantes y nativos del país, a quienes una fuerza extranjera se las ha arrebatado".²

Es indudable que en Miranda como en otros próceres prevalece el criterio reivindicativo de los derechos de todos los sectores populares, en especial de los pueblos indígenas, así como de los negros esclavos y el logro de la igualdad como una conquista necesaria incluso para la población humilde mestiza y blanca. Sin embargo, esto no significaría que los prejuicios aristocráticos arrastrados durante múltiples generaciones hubiesen desaparecido de la noche a la mañana en él,³ aun cuando estuviese consciente del valor y el significado de alcanzar tales conquistas de justicia social.

Del mismo modo las ideas de igualdad no necesariamente significaban que estuvieran imbuidas por el democratismo o el pensamiento de Rousseau, que se hizo presente de algún modo en Bolívar. En algunos casos, como se aprecia en San Martín, la lucha por la independencia aunque constituiría un paso de avance en el proceso emancipatorio para los sectores más afectados en la escala social como era el caso de los esclavos,⁴ no implica-

² F. Miranda: "Proclama a los pueblos del continente colombiano. Alias Hispano-América" en *Ideas en torno de Latinoamérica*, p. 352, Coordinación de Humanidades de la UNAM. UDUAL. México. D.F. 1986.

³ "Más profunda todavía fue la experiencia de la igualdad de derechos políticos y sociales para todos los ciudadanos de condición libre. Si la segregación racial respecto a los negros y a los indios había sido y continuaba siendo más marcada en los Estados Unidos que en las posesiones españolas, la democracia republicana, por el contrario, había elevado a toda la población blanca a las mismas condiciones de igualdad independientemente de las diferencias en su nivel social o económico. A Miranda le costó mucho aceptar esa igualdad. A pesar de su admiración por los principios democráticos, los prejuicios de clase estaban tan profundamente arraigados en su ser, que no llegaba a aceptar que, por ejemplo, su sirviente, igualmente blanco, se sentara a comer a su lado en la misma mesa". Bohórquez, C.: *Francisco de Miranda. Precursor de la independencia de las América Latina*, pp. 101-102, Universidad Católica Andrés Bello-Universidad del Zulia, Caracas, 2001.

⁴ "San Martín emitió toda una serie de disposiciones antifeudales al ocupar la presidencia peruana, suprimió la mita, abolió los tributos y servicios personales sufridos por los campesinos indígenas, extrañó al arzobispo de Lima, refor-

ba en modo alguno eliminar o atenuar las diferencias clasistas sino propiciar que estas no se convirtieran en obstáculo para el mejoramiento de todos los sectores sociales a la vez, lo que no los distanciaba de múltiples utopías abstractas que germinaron en el pensamiento ilustrado. “Creo –sostenía San Martín– que es necesario que las constituciones que se den a los pueblos estén en armonía con su grado de instrucción, educación, hábito y género de vida, y que no se le deben dar las mejores leyes, pero sí las más apropiadas a su carácter, manteniendo las barreras que separan las diferentes clases de la sociedad, para conservar la preponderancia de la clase instruida y que tiene qué perder”.⁵

Tal preocupación por no afectar la situación de la clase económicamente dominante una vez lograda la independencia se observa en su *Proclama* de 1818 cuando plantea: “Españoles europeos: mi anuncio tampoco es el de vuestra ruina. Yo no voy a entrar a este territorio para destruir, el objeto de la guerra es de conservar y facilitar el aumento de la fortuna de todo hombre pacífico y honrado”.⁶ Este conflicto entre los objetivos que se planteaban algunos sectores económicamente favorecidos con el logro de la independencia y sus posibles consecuencias democratizadoras de la riqueza o favorecedoras de tendencias que propiciarán una mayor igualdad social fue una constante que estuvo latente desde el inicio de las guerras de independencia y se mantuvo hasta tal punto que propició las actitudes incluso antagónicas que se observaron en distintos sectores copartícipes en aquellas luchas.

Algo más radical fue la proyección social de Bolívar que contaba en su formación con la influencia de su maestro Simón

mó el sistema de comercio, proclamó la libertad de los vientres, emancipó a todos los esclavos que tomaran las armas a favor de la independencia, suprimió los azotes en las escuelas, estableció la libertad de imprenta, prohibió aplicar tormentos en los procesos judiciales, estableció la inviolabilidad de domicilio” Prieto, Alberto: *Próceres latinoamericanos*, p. 70, Editorial Gente Nueva, 1981.

⁵ Citado por I. Lievano Aguirre: *Bolívar*, p. 216, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2005.

⁶ J. San Martín: “Proclama a los limeños y habitantes de todo el Perú” en *Ideas en torno de Latinoamérica*. t. II, p. 1263, Coordinación de Humanidades de la UNAM. UDUAL, México. D.F., 1986.

Rodríguez, a quien con razón se le considera entre los precursores del socialismo utópico en estas tierras americanas.⁷

El ideario social bolivariano inspirado en lo mejor del pensamiento ilustrado europeo se planteaba ir más allá de la guerra independentista para lograr el gobierno más favorecedor posible de seguridad y justicia social. “El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce la mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política”.⁸

Bolívar sabía muy bien que no bastaba con la independencia si no se resolvían los problemas de la libertad de los esclavos y en general de la población que sobrevivía en condiciones humillantes por lo que si no se superaba esa degradante situación a la larga se producirían explosiones sociales, ya que las revoluciones, como ha planteado Fidel Castro, son como los volcanes, no es necesario que nadie las enciendan, explotan solas cuando se acumulan durante un tiempo sus fuerzas generatrices reprimidas. Por eso El Libertador en 1826, preocupado al respecto, le escribía a Páez “¿Quién contendrá a las clases oprimidas? La esclavitud romperá el fuego: cada color querrá el dominio”.⁹

Y dado que el problema de la posesión de la tierra, junto al de la esclavitud, era crucial para la solución de los problemas principales de la población marginada por siglos de explotación, su adecuado reparto fue una de las medidas de mayor significación para lograr un mayor grado de justicia social. Desde 1817 repartió tierras entre los que le habían acompañado en las guerras independentistas. En 1824 ordenó en Trujillo y en 1825 en el Cuzco, después de la batalla de Ayacucho, que se les entregara a todos los indígenas de cualquier sexo o edad una porción de tierra que sería mayor en caso de que fuesen estériles y privadas de riego, lo cual evidencia su sentido de la equidad.

⁷ “El proyecto socialista de Rodríguez propone una república habitada por los sujetos antes excluidos, sujetos reproducidos en la educación social satisfechos en cuanto a sus necesidades básicas, y por ello capaces de construir una nueva sociedad en tierra americana”. Ciriza, A.: “Simón Rodríguez: un socialista utópico americano”, En *Itinerarios socialistas en América Latina*. Estela Fernández Nadal (Compiladora), p. 31, Alción Editora, Córdoba, 2001.

⁸ S. Bolívar: Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819. en Miguel Acosta Saignes: *Introducción a Simón Bolívar*, p. 97, Editorial Siglo XXI, México, 1983.

⁹ Carta de Bolívar a Páez 4 de agosto de 1826, en John Lynch: *Las revoluciones hispanoamericanas (1808-1826)*, p. 34, Barcelona, Ariel, 1980.

Sin embargo, no obstante las buenas intenciones tanto de Bolívar como de otros líderes del proceso independentista latinoamericano de repartir la tierra de manera individual entre los indígenas con el objetivo de incorporarlos lo antes posible a las nuevas formas de producción, distribución y consumo que el capitalismo por doquier demandaba, estas medidas no tomaban en adecuada consideración que las formas tradicionales y ancestrales de propiedad y producción de la tierra de los pueblos originarios eran colectivas y que un cambio acelerado de formas de propiedad podía producir como de hecho produjo resultados contraproducentes, pues los terratenientes pudieron desplegar posteriormente un latifundismo fagocitósico engullendo poco a poco a cada uno de aquellos propietarios aislados.¹⁰ Otra hubiera sido su suerte si se hubiese distribuido la tierra en forma comunitaria y se hubiesen mantenido las formas precapitalistas de producción al menos de manera inmediata.

Bolívar, según plantea José Consuegra Higgins, superó a las concepciones fisiocráticas prevalecientes en la mayoría de los economistas coloniales pues "Para Bolívar el desarrollo social dependía del trabajo y el saber. Juicio, por cierto, más completo que el de los economistas europeos mencionados. Porque en verdad, el saber, que supone la instrucción científica, técnica y literaria facilita el rendimiento óptimo del esfuerzo humano aplicado a la producción de la riqueza".¹¹ Convencido del poder del saber por primera vez en América instituyó Bolívar la educación obligatoria a todos los jóvenes mayores de cuatro años y menores de catorce. Una de las tareas principales que se propuso una vez lograda la independencia fue el fomento de la educación y que esta llegara a los sectores sociales menos favorecidos en la escala social, pues estaba convencido de que por esta vía podía atenuarse en algo tanta desigualdad social y racial a fin de lograr mayores niveles de justicia.

¹⁰ "Privar a los indígenas de la seguridad modesta de la ayuda mutua dentro de sus comunidades y declararlos propietarios individuales significa exponerlos a una explotación más directa con la perspectiva de despojarlos totalmente". Thiemer-Sachse, Ursula: "Simón Bolívar y los indígenas del Nuevo Mundo". En *Interpretaciones y ensayos marxistas acerca de Simón Bolívar*, p. 76, Akademie Verlag, Berlin. 1985.

¹¹ J. Consuegra Higgins: *El pensamiento económico de Simón Bolívar*, p. 23, Universidad Simón Bolívar, Barranquilla. 1982.

“Bolívar como pensador y hombre de acción — observa Leopoldo Zea— ha captado esa peculiar situación de pueblos como los de esta América en donde se entrelaza la lucha de clases con la lucha anticolonial, relacionada esta con la situación racial. Sabe Bolívar que no es suficiente romper políticamente con el imperio español, este rompimiento ha de abarcar el sistema mismo del que es expresión tal imperio: emancipación de los esclavos, reparto de la tierra y participación de todas las clases en la marcha de las nuevas naciones. Algo que sus caudillos no comprendieron aprestándose simplemente a ocupar el vacío de poder dejado por el colonialismo. Para ellos fue un simple cambio de señores, expulsados los colonizadores criollos y mestizos se aprestaban a tomar su lugar manteniendo la servidumbre sobre los grupos que ya lo sufrían. En esa incompreensión, nacida del egoísmo y de los intereses, ve el propio Bolívar el origen del fracaso de su utopía liberadora. La emancipación de estos pueblos, no solo ha de ser horizontal, de la colonia frente al imperio, sino vertical, interna, la de un grupo social frente a otro”.¹²

Plena conciencia tenía el libertador de la trascendencia de las conquistas a alcanzar, pues no se trataba simplemente de echar de estas tierras a un conquistador o evitar la subrepticia llegada de otro disfrazado, como se aprestaba en esos tiempos tempranos el naciente imperio estadounidense del Norte, sino que la tarea era mucho más difícil pues la cuestión era desarraigar los poderes endógenos que querían mantener en la servidumbre y la esclavitud a grandes sectores de la población, cuando las nuevas fuerzas impulsoras del capitalismo, esto es, la naciente burguesía, era aún muy débil.

No debe ignorarse al respecto las ideas de Mariátegui cuando apuntaba: “Enfocado sobre el plano de la historia mundial, la independencia sudamericana se presenta decidida por las necesidades de desarrollo de la civilización occidental o, mejor dicho, capitalistas”.¹³ Y dado que ya existía una embrionaria burguesía en estas tierras sudamericanas pues resultaba fácil el contagio con las ideas revolucionarias provenientes de la Revolución Francesa y la Constitución norteamericana. De manera

¹² Leopoldo Zea: “Bolívar y la liberación nacional”, en *Bolívar y el mundo de los libertadores*, p. 25, UNAM, México, 1993.

¹³ J.C. Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, p. 15, Casa de Las Américas, La Habana, 1975.

que el proceso independentista debe ser apreciado también, pero no exclusivamente, como una vía necesaria de incorporación de los pueblos latinoamericanos al desarrollo pleno del capitalismo mundial independientemente de que haya resultado en un ensayo en cierta medida frustrado, al menos en cuanto a la satisfacción de las demandas populares se refiere. Sin embargo, no caben dudas de que la tarea principal a resolver era el logro pleno de la independencia respecto a la metrópoli¹⁴ y las demás tareas sociales y económicas estarían subordinadas a la misma.

También en el pensamiento y la praxis revolucionaria de los próceres mexicanos Hidalgo y Morelos fue evidente su postura de no limitar la lucha a la conquista de la independencia, sino de hacerla trascender al logro de una mayor justicia social.

Hidalgo, quien en 1810 redactó tres decretos aboliendo la esclavitud, y favoreciendo a los pueblos indígenas decretó: “se entreguen a los referidos naturales las *tierras para su cultivo*; sin que, para lo sucesivo, *puedan arrendarse* pues es mi voluntad que su *goce* sea únicamente de los *naturales en sus respectivos pueblos*”.¹⁵

Siguiendo su ejemplo Morelos en 1811 ordenó que debían entregarse “las tierras a los pueblos para su cultivo, sin que puedan arrendarse, pues su goce ha de ser de los naturales en los respectivos pueblos”,¹⁶ por lo que Agustín Churruga con razón plantea que: “Como fruto de sus observaciones y juicios, Morelos no se limitó a criticar la sociedad colonial sino que intentó redimir al pueblo de la explotación, o sea, lograr tanto el desarrollo económico del país como establecer la justicia social. De ahí su política agraria concreta y práctica, dictada al contacto de la realidad y en el terreno mismo de los hechos, de ahí también el régimen de impuestos que elaboró y las diversas medidas económicas que efectuó en el territorio reconquistado”.¹⁷

¹⁴ “... si bien —observa Leonardo Paso— en el mundo de comienzos del siglo XIX, la lucha principal estaba entablada entre el feudalismo y la burguesía, con sus características en cada país de Europa, y elementos de la misma se trasladan a América, ello no quiere decir que la contradicción principal entre España y América asuma exacta y claramente dicho carácter”, Paso, Leonardo: *De la colonia a la independencia nacional*, p. 211, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1963.

¹⁵ De la Torre Villar, Ernesto: *La independencia de México*, t. 1, p. 394, FCE, México, 1980.

¹⁶ J. M. Morelos: *Circular*. Techan, 18 de abril de 1811.

La reivindicación de los derechos de las capas más humildes de la población estuvo concebida por los próceres de esa gesta emancipatoria como parte no solo del proceso de independencia sino también de unidad e integración latinoamericana. “Finalmente —planteaba acertadamente Ricaurte Soler— es en nombre de la nación americana que una democracia radical agraria, desde México al Plata, conjuga la independencia con la redistribución de la tierra y el ataque al latifundio”.¹⁸

Este hecho se aprecia en Gervasio Artigas, quien no obstante haber sido uno de los más poderos ganaderos, sin embargo su identificación con la población humilde y en especial con las tribus charrúas hizo que en nombre de los *verdaderos americanos* en la Banda Oriental del Uruguay se propusiese en el “Reglamento Provisorio del año 1915” desarrollar una reforma agraria y confiscar las tierras de los realistas. Según su concepción combatía a los latifundios que pertenecían a “los males europeos y peores americanos”.¹⁹

En otro momento en las denominadas “Instrucciones del año XIII” a fin de participar en la Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, demandaba una serie de medidas propiciatorias del triunfo de la modernidad y la justicia social; entre ellas, además de la independencia total de España, la división de poderes del Estado, la libertad civil y religiosa, la libertad de pensamiento y un gobierno republicano.

Por su parte Bernardo O’Higgins también ha quedado en la historia no solo como el héroe militar independentista sino por haberse enfrentado a aquellas instituciones retardatarias que tanto en Chile como en Perú debían ser eliminadas para propiciar mayores grados de justicia social y construcción de la necesaria modernidad. Esa actitud se plasmó al abolir la esclavitud y trató de eliminar el poder de la Iglesia Católica y de la nobleza criolla, por lo que prohibió sus títulos y confiscó los bienes de los enemigos de la independencia entre otras medidas.

¹⁷ Agustín Churruga: “Fuentes del pensamiento de Morelos”, en *Repaso de la independencia*. Compilación y presentación de Carlos Herrero Peredo, p. 318, El Colegio de Michoacán, Morelia, 1985.

¹⁸ R. Soler: “Bolívar y la cuestión nacional americana”, en *Bolívar y el mundo de los libertadores*, p. 44, UNAM, México, 1993.

¹⁹ J. L. Romero: (Prólogo y selección) *Pensamiento político de la emancipación*, p. 23, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977.

Todas y cada una de estas medidas se caracterizaban por su extraordinario impacto socioeconómico por lo que dejaban a las claras que la lucha no era sólo contra un enajenante poder foráneo, sino también contra las injustas relaciones precapitalistas de producción imperantes en aquella sociedad latinoamericana. De manera que muchos de los que dirigieron la lucha en diversas regiones del continente se vieron precisados por las circunstancias a tomar partido respecto a la dirección que debían tomar los acontecimientos e incluso sacrificar posiciones económicas personales, actitud esta que cuando encuentra una consecuente renuncia a los intereses privados en aras de los sociales y colectivos resulta mucho más meritoria.

Es conocido también que algunos de los combatientes por la independencia no estuvieron de acuerdo con muchas de las medidas de raigambre popular y social que emprendían los más relevantes conductores de aquel majestuoso suceso, por lo que se produjeron innumerables enfrentamientos, traiciones, abandonos de la lucha, etc., los cuales evidenciaban que la lucha por la independencia solamente sería consumada si iba unida a una mayor justicia social.

El radicalismo de Mariano Moreno ha llevado a Alberto Prieto a plantear que: "Su programa de acción, inspirado en criterios jacobinos, contemplaba expropiar a unos seis mil potentados, nacionalizar los yacimientos mineros, realizar una profunda reforma agraria y controlar a los comerciantes porteños, mediante una estricta reglamentación estatal de intercambio mercantil con el extranjero".²⁰ Y tales ideas no se quedaron en meras intenciones, pues en el Alto Perú las victoriosas tropas de Juan José Castelli se dieron a la tarea de ponerlas en práctica al proscribir múltiples instituciones feudales que doblegaban a la población indígena, eliminaron el pago de tributos, distribuyeron las grandes haciendas entre sus peones y proclamaron la indispensable igualdad de todos para que aquellas guerras no concluyeran con un simple cambio de administración política y se pasasen por alto las ancestrales demandas populares.

Es evidente que las formas ideológicas prevalecientes en los inicios de las luchas independentistas latinoamericanas a principios del siglo XIX, recién influidas por las ideas de la ilustración

²⁰ A. Prieto: *Próceres americanos*, p. 33, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1986.

y las revoluciones burguesas del xvii y el xviii en Europa y Norteamérica, lógicamente tendrían muy arraigadas las manifestaciones propias del humanismo abstracto típico de ese tipo de transformaciones donde los sectores populares se verían de algún modo representados por una pujante burguesía frente a los poderes feudales. Muy diferente fue la situación cuando Cuba y Puerto Rico despliegan sus luchas independentistas, pues el capitalismo ha desplegado un proceso de maduración y definición especialmente con el fracaso de algunos procesos revolucionarios, el restablecimiento por una parte de fuerzas conservadoras y lo que es más importante ya se han ido decantando las antagónicas contradicciones entre la burguesía y los sectores populares, especialmente la clase obrera.

La experiencia de la Comuna de París ha anunciado al mundo que nuevas fuerzas sociales se aprestan a tomar el poder y que las ideas socialistas y anarquistas han dejado de ser una mera ilusión filantrópica intentado tomar cuerpo en la gestación de un nuevo tipo de sociedad.

De manera que los procesos independentistas de América Latina obligatoriamente, se verían obligados a afrontar en las nuevas circunstancias históricas algunos requerimientos y demandas de justicia social que no eran tan evidentes y necesarios al inicio del mismo.

Esta es la razón por la cual el pensamiento independentista de José Martí tendría necesariamente que articularse con demandas pendientes de justicia social como la abolición de la esclavitud, sino también a nuevas exigencias frente a la esclavizada situación de obreros y campesinos con el despliegue del capitalismo y a las nacientes relaciones de dominación imperialistas que conducían a emprender una segunda independencia. Para el prócer cubano "La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla".²¹

Una de las tareas más urgentes que Martí se planteaba para el logro de mayores niveles de justicia social era elevar el nivel educativo y cultural en general del pueblo, pues en primer lugar consi-

²¹ J. Martí: "Carta a Valero Pujo". *El progreso*. Guatemala, 27 de noviembre de 1877, *Obras completas*. Epistolario. t. I. p. 98, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

deraba que: “No hay igualdad social posible sin igualdad de cultura”.²² Por eso a partir del criterio de que “ser culto es el único modo de ser libres”,²³ se planteó junto a la emancipación política emprender de inmediato la lucha por elevar al máximo posible el nivel educativo de los sectores populares, ya que consideraba que: “Hasta que los obreros no sean hombres cultos no serán felices”.²⁴

A su juicio, “De todos los problemas que pasan hoy por capitales, sólo lo es uno: y de tan tremendo modo que todo tiempo y celo fueran pocos para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia”.²⁵

Según el pensador cubano: “De la justicia no tienen nada que temer los pueblos, sino los que se resisten a ejercerla”.²⁶ Esto significa que para él la verdadera justicia siempre estaría de parte de los humildes, de los sectores explotados y marginados, independientemente de que otra cosa haya sido hasta el presente la mayor parte de la historia del mundo y solo muy recientemente nuevos ensayos de utopías concretas de democratización social, no exclusivamente política, y socialismo en el siglo XXI parecen estar destinados a la conquista de la dignidad de los pueblos de Nuestra América.

La sensibilidad ética y política de Martí que lo incitó siempre a echar su suerte “con los pobres de la tierra”²⁷ lo condujo a establecer una ecuación permanente entre pobreza e injusticia,²⁸ por lo que la justicia social solo se alcanzaría en el mundo

²² J. Martí: “El plato de lentejas”, *Patria*, Nueva York., 5 de enero de 1894, *Obras completas*, t. III, p. 28, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

²³ _____: “Maestros ambulantes”, *La América*. Nueva York. Mayo 1884, *Obras completas*, t. VIII, p. 289, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

²⁴ _____: “La exposición de materiales de ferrocarril de Chicago”, *La América*, Nueva York, septiembre de 1883, *Obras completas*, t. VIII, p. 352, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

²⁵ _____: Prólogo de Martí a *Cuentos de hoy y de mañana*, de Rafael Castro Palomino, Nueva York, octubre de 1883, *Obras completas*, t. V, p. 101, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

²⁶ _____: Carta al editor de *The New York Herald*, Guantánamo 2 de mayo de 1895, *Epistolario. Obras completas*, tomo V, p. 212, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

²⁷ “Con los pobres de la tierra/quiero yo mi suerte echar/ el arroyo de la sierra/ me complace más que el mar”. Martí, J. “Versos sencillos”, 1891, *Obras completas*, tomo XVI, p. 67, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

dignificando la vida del pobre y en el caso de América tal relación estaba orgánicamente vinculada a la situación del indio.

El conocimiento de la situación de la población aborigen de América al llegar a México y Guatemala lo hizo expresar: "Es bello que los indígenas descalzos repitan las ideas en que se consagran sus derechos".²⁹ Tomó conciencia Martí de un elemento esencial para que el proceso de la emancipación latinoamericana llegase a su plenitud, esto es, la decisiva participación del indio en todos los procesos sociales dirigidos al logro de una mayor justicia social. Por eso planteaba la disyuntiva: "O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha",³⁰ pues estaba convencido de que: "[...] hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América".³¹

En los días actuales en que el protagonismo de la población originaria de estas tierras en algunos de los países latinoamericanos se levanta, no solo ya para protestar, como ha sido hasta ahora lo común, sino para dirigir, cooperar, sugerir, aconsejar y decidir, pareciera que comienza a completarse el empeño parcialmente fracasado de justicia social emprendido por los próceres de la independencia.

Son múltiples los espacios políticos, académicos y culturales como puede ser en este caso un congreso internacional de filosofía en que el búho de Minerva, luego de contribuir al anochecer en el esclarecimiento conceptual de la noche de ignorancia y explotación de los sectores marginados del pueblo latinoamericano le facilita el paso a nuevas aves cantoras de la mañana que con alegría anuncian sociedades más justas y dignificantes del hombre de estas tierras.

Es en estas nuevas circunstancias que se hace más necesario develar el compromiso orgánico de los intelectuales identificados con los sectores populares para que contribuyan al esclare-

²⁸ "Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia". Martí, J. "México en los Estados Unidos". *El Partido Liberal*, México, 1887, *Obras completas*, tomo XI, p. 109, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

²⁹ J. Martí: "Escenas mexicanas", *Revista Universal México*, 7 de mayo de 1885, *Obras completas*, tomo VI, p. 197, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

³⁰ _____: "Arte aborigen", *La América*, Nueva York, enero de 1884, *Obras completas*, tomo VIII, p. 329, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

³¹ _____: "Autores americanos aborígenes", Nueva York, abril de 1884, *Obras completas*, tomo VIII, p. 33, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

cimiento teórico de las nuevas circunstancias, pues pareciera que el mundo se ha transformado significativamente en los últimos tiempos, especialmente en el ámbito latinoamericano, en la última década del pasado siglo xx y en los primeros años del presente siglo xxi y lo que se hace cada vez más necesario es volver a interpretarlo, pues no hay nada más práctico que una buena teoría y el deber de un buen intelectual revolucionario es ser un buen intelectual. De ese modo, desde el arte, o la política, del mismo modo que desde el surco, o la fábrica y algunos desde la escuela y la vida académica, es posible coadyuvar de manera distinta, pero igualmente imprescindible, a que el ideario de justicia social de los próceres de la independencia, aun cuando sea con gran retraso y ante nuevos obstáculos, pueda efectivamente realizarse.